

Después de una larga permanencia por tierras norteamericanas de Canadá y los Estados Unidos, nuestro crítico de Arte, Juan Ramírez de Lucas, reanuda en este número sus colaboraciones sobre materias artísticas. Sus viajes interrumpieron forzosamente la comunicación periódica con los lectores de *ARQUITECTURA*, pero de sus viajes también ha traído interesantes temas arquitectónicos, a los que iremos dando cabida en estas páginas junto a sus críticas de arte.

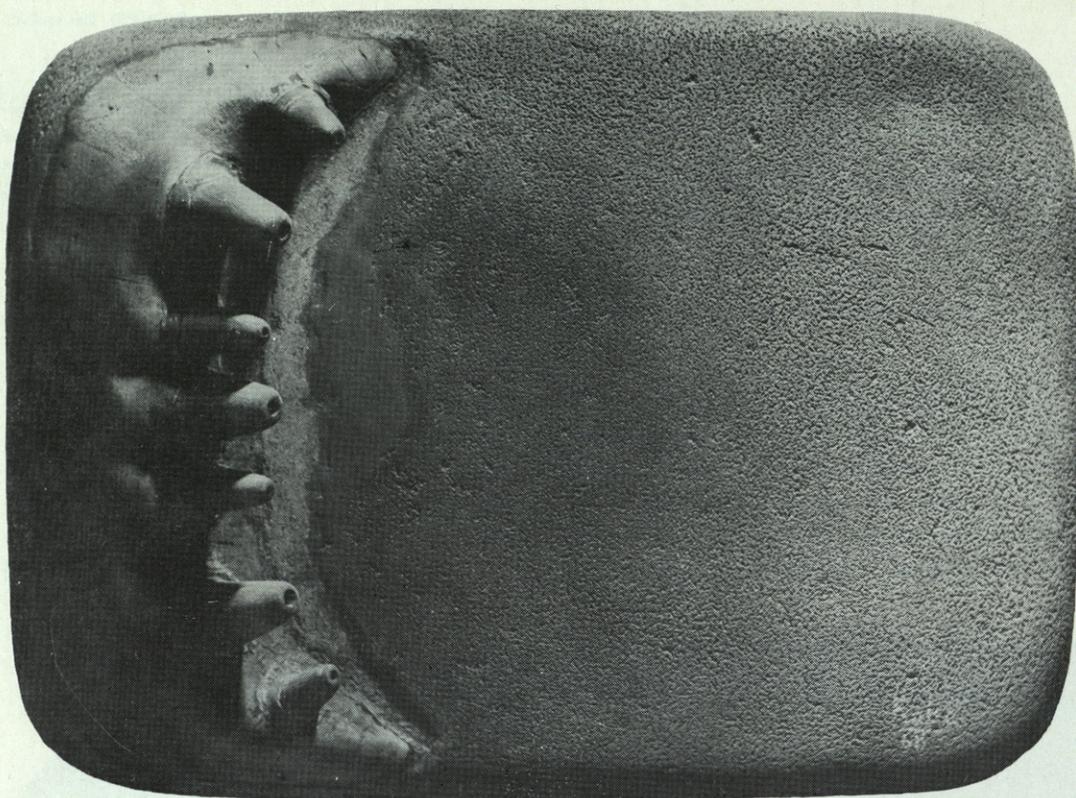
MANUEL G. RABA O LA INTEGRACION DE LA PINTURA Y LA ESCULTURA EN LO COSMICO

La obra artística actual del pintor Manuel Gómez Raba nos plantea una serie de curiosas y al parecer contradictorias interrogantes que iremos formulando al lector antes de intentar contestar a cada una de ellas.

Primera interrogante: ¿Puede una pintura ser al mismo tiempo, y en igual intensidad artística, escultura? Es ésta una pregunta fácil y que no necesita de muchos esfuerzos para ser contestada. En la obra de muchos artistas cada vez se va perdiendo

más esa separación de campos o parcelas artísticas, definidas según antiguas normas, para conseguir una fusión de los dos campos. Recuérdense los relieves coloreados de Jean Arp y los del inglés Ben Nicholson y los fantásticos "collages" del alemán Kurt





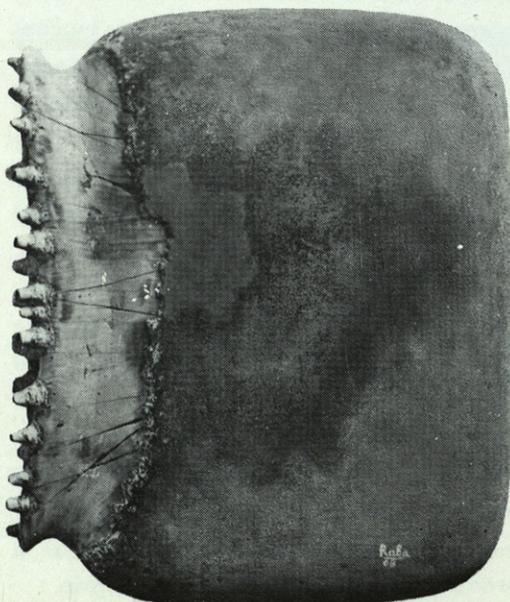
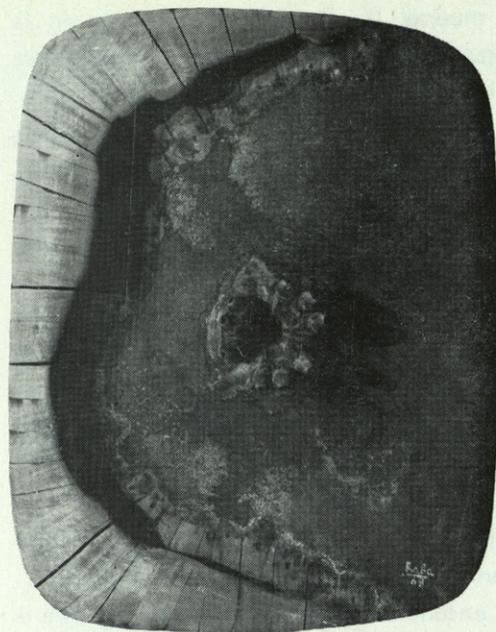
Schwitters, las esculturas coloreadas del italiano Pietro Consagra, los objetos del francés Marcel Duchamp, algunos de los monstruos de Jean Dubuffet, los retablos abstractos de la escultora norteamericana Louise Nevelson, las esculturas caricaturescas de la venezolana Marisol Escobar y, aún más cercanos a nosotros, algunos de los "collages" de Picasso y algunos de los mosaicos de Gaudí.

Al igual que en la obra de los citados y en la de muchos otros, que haría la relación excesiva, en la obra actual de Raba no existe separación aparente entre pintura y escultura. Raba se considera esencialmente pintor, pero sus obras de hoy, que recientemente ha expuesto en la galería madrileña "Nueva Forma", talladas sobre gruesos tableros de maderas ensambladas, con hendiduras profundas, con salientes cónicos, con zonas en las que se ve el leño agrietado, con otras zonas en las que la pintura se pierde y se degrada, es difícil definir si nos encontramos delante de una creación pictórica o escultórica. Tampoco este problema es el esencial que nos plantea Raba, pues su obra tiene más largos y altos objetivos.

Segunda interrogante: ¿Puede un paisaje ser al mismo tiempo objeto misterioso de difícil identificación? Esta ya es una interrogante más sutil, y al calificar a estas obras de Raba de paisaje lo hacemos considerando lo que ellas tienen de telúrico, de trozo de planeta calcinado, de roca de cataclismo, de grietas por donde humearon los últimos vestigios de una vida extinta. Estos paisajes de Raba son como testimonios anticipados de una tierra en la que las explosiones nucleares lo arrasaron todo, no dejando más que una roca errante y misteriosa, "vacilante, sin alma, por la niebla".

Paisaje, sí; pero al mismo tiempo como vísceras disecadas de no sabemos qué desconocidos seres, de las que emergen desafiantes algo así como colmillos o sexos, bocas volcánicas o grietas patéticas, mares cegados o corazones sin latido. Paisaje, sí, y misterioso objeto. Visiones que no resultan patéticas, sino más bien objetivas, frías, expuestas con la serenidad de un analista que investiga y constata un hecho, pero ante el que no se toma posición personal preconcebida. En estas obras de Raba estamos ante una anticipación del futuro, un futuro pesimista al que forzosamente tendrá que llegar este planeta que aún habitamos, sufri-





mos y gozamos. Tal vez millares de años, tal vez millones; pero a la tierra le está reservado el futuro que Raba intuye con ese poder de adivinación que sólo tienen los artistas privilegiados.

El sol se apagará, se enfriará la combustión que allí se produce, tendrá su fin la fuente de energía vital. Todo quedará yerto, el suelo se cuarteará helado, los montes se abrirán como forúnculos. En las cuencas de los mares cegados no habrá color, sólo óxidos, leves grises pómez, desolación.

Eso si antes los humanos no han encontrado el medio de emigrar a otros mundos más lejanos que ignoramos y presentimos hoy. Tal vez a otras tierras distintas y distantes en las que las formas de vida serían también diferentes. Tal vez, en ese caso, esas formas de cono truncado, esos como cuernos de rinoceronte, que dan agresivo relieve a los cuadros de Raba, sean las maquetas de las construcciones del futuro lejano. Chimeneas de comunicación para el acceso a las ciudades subterráneas. Hombre como hormiga y como abeja una vez que logró destruir la hermosa tierra que antes habitara.

Otro interrogante más: En esta época de la segunda mitad de los años sesenta, tan urgida de prisas, ¿puede un artista trabajar con la misma paciencia y el mismo desprecio al reloj con que lo hacían los artífices medievales? La contestación es: ¿Y por qué no? Dichoso aquel que puede dedicar todo el tiempo que quiera al trabajo elegido. Raba puede. El mismo nos ha confesado que, si no fuese porque habita en su tranquilo retiro de la capital montañesa, no podría cuidar cada una de sus obras con el mimo que lo hace. Pero él vive en Santander, no en Madrid ni ninguna otra ciudad ruidosa y ajetreada. Personalmente ensambla las maderas, las modela, las talla, las encola, las pinta, las despinta, las somete a la llama del soplete, las lava, las vuelve a pintar, las lija... Todo ello en un proceso que forzosamente tiene que ser lento, por lo concienzudo y complicado. El resultado final son unas calidades que no tienen parangón con las de ningún pintor informalista cuidadoso de la materia pictórica, solamente comparables a las que Tapies consigue por distintos procedimientos. Raba ha logrado un acento personal totalmente suyo, sin parecido a nada de lo que se hace hoy en el mundo de la pintura y en la pintura

del mundo. Su sentido artesanal de la obra bien hecha trasciende de los menores detalles, desde las superficies porosas, que tienen calidad de cerámica cocida al gran fuego, hasta esas livianas capas de color que se transparentan por los límites y que demuestran el trabajo pacientemente acumulado y un gran amor por lo que se está haciendo. Nada de improvisación, nada de chapuza. El final de cada obra es el visto bueno de su propio autor, no las horas empleadas. Para Raba el tiempo no es oro, es solamente una serie de herramientas, de pigmentos, de colas frías y sintéticas, de piezas previamente talladas que se van montando sobre los gruesos tableros de roble y que edifican unas inquietantes arquitecturas que lo mismo son paisajes de otros mundos que sueños casi imposibles.

Y una vez señaladas algunas de las interrogantes ante la obra actual de Raba, queremos pasar a presentar al pintor, a informar brevemente de su trayectoria vital y artística, pues entendemos que vida y obra van tan inseparablemente unidas que no se entiende una sin contar con la otra. Manuel Gómez Raba nace en Santander, año 1927; familia de origen montañés, padre "indiano" que había vuelto de América con el dinero suficiente para montar un negocio del que viviese toda la familia. Familia a la española, es decir, numerosa, de ocho hermanos, y familia con inquietudes, como lo demuestra que otras dos hermanas tuvieron también actividad artística. Carmen empezó a pintar al mismo tiempo que Manuel e hicieron juntos su primera exposición. Otra hermana, Consuelo, publicó un libro sugestivo para los que lo conocen: *Cristales amarillos*, el título.

Manuel estudiaba Comercio por imposición paterna, pero sus sueños iban por otros derroteros bien distintos, como son los de la vocación artística. No le fue fácil realizarlos por esa ceguera tan frecuente en los padres poco cultos, que consideran que el arte es una pérdida de tiempo, alejada de lo que ellos llaman "asegurar el porvenir", "un buen empleo" y demás frases hechas con las que se intenta hacer enmudecer el grito que nace dentro sin remedio, la llamada interior que lleva al individuo a despreciar toda suerte de comodidades, de razonamientos, de seguridades, para bracear como un náufrago por esas aguas turbulentas del arte creador.

Gómez Raba tuvo su primer maestro de pintura en Madrid, el pintor académico Eduardo Chicharro (padre), entonces lleno de medallas y condecoraciones oficiales. A su taller acudían otros muchachos ansiosos de aprender no sólo técnicas y trucos, sino lo que es más difícil y más importante: el camino de la propia personalidad.

—La verdad es que todo lo que nos enseñó, después no nos sirvió de mucho. Era buena gente; Chicharro se preocupaba de los alumnos y de que supiesen dibujar, pero en mi caso tuve que ir olvidando lo que aprendí en su estudio. En caso contrario no hubiese sido nunca nada, sólo un mal imitador suyo.

Gómez Raba reconoce que no puede expresarse bien con la palabra; en las charlas que con él hemos mantenido siempre había frecuentes pausas de silencio en las que el pintor buscaba las palabras o las definiciones de sus ideas. Ello demuestra que es un introvertido, un ser silencioso al que le va mejor la meditación paciente que el bullicio de los cafés y demás lugares de "public relations".

—La "mili" fue para mí unos años perdidos; después tuve de nuevo estudio en Madrid. Estaba muy desalentado, sin saber qué hacer; recorrí todos los "ismos", todos en fila, uno detrás de otro. Aquello era un desastre, un desaliento total; rompía los cuadros nada más hacerlos. Viví una temporada en Ibiza, después volví a Santander. Allí,

con la conciencia del fracaso total, con mucha paciencia, empecé mis experimentos. Daba largos paseos por la playa del Puntal y me inspiraron mucho las maderas de los naufragios, todo ese mundo misterioso que las mareas arrojan en las arenas. Quedaba fascinado con las calidades extrañas que adquieren las cosas que han estado mucho tiempo en contacto con el agua del mar.

El pintor evoca sus recuerdos con cierta dificultad; su gestación artística no fue sencilla ni clara desde el principio. Le costó mucho llegar a lo que ahora hace y su soledad fue fructífera porque meditaba y leía mucho. Y estaba informado en su rincón provinciano de todo lo que se hacía en el mundo del arte. Conociendo la obra antes que al autor, no nos ha extrañado cuando nos ha dicho Raba que su autor favorito es el filósofo Heidegger, aquel taciturno fundador, con Jaspers, de la filosofía existencial alemana. Aquel penetrante innovador de obras con títulos reveladores: *Ser y tiempo, ¿Qué es metafísica?, De la esencia del fundamento, De la esencia de la verdad, Esencia de la poesía*, etc. Aquel penetrante pensador cuyo pensamiento filosófico gira primordialmente en torno al ser. El hombre se encuentra "caído" en el mundo, perdido en la impersonal trivialidad y dispersión del "uno". Este estado es superado volviendo a la "existencia auténtica" y a la "temporalidad" que le es propia; entonces el hombre se hace consciente de que es "ser para

la muerte". La "nada", manifestada en la angustia, es el sentirse otro a todo lo que existe.

Raba hizo suyo todo lo que la naturaleza le ofrecía en mayor relación con la nada: los restos de la muerte y sus naufragios, los escapes de la ciencia ficción. Hombre bien enterado de las conquistas de su época, el pintor siguió con interés los viajes interplanetarios, meditó ante las fotografías por primera vez vistas de zonas desconocidas de la luna. Los límites se habían roto, lo desconocido se nos mostraba familiar y accesible.

Con todo este bagaje, Raba esperó paciente y, por fin, se produjo el "chispazo", se encendió esa pequeña luz por la que el artista intuye o comprende que ha encontrado el camino a seguir.

—Si el artista no tiene ese "pequeño chispazo", no tiene nada que hacer. Encontrar ese punto de arranque y después desarrollarlo. Yo lo encontré (por fin) hace siete u ocho años, y desde entonces lo vengo experimentando y trato de perfeccionarlo cada vez más. La rapidez de las comunicaciones permite conocer en todo el mundo cualquier movimiento o invención artística al día siguiente de producirse, pero es difícil que nadie me copie porque nadie dispone del tiempo y del ambiente que yo. Es cierto que el arte atraviesa por una crisis, muchas veces producida por ese afán de novedades que se ha desatado en el mundo. Creo que he encontrado un camino y quiero seguir por él hasta donde llegue.

Estas palabras del pintor informan de su seriedad, de su dedicación. No es ninguna broma lo que realiza Raba, y en muchos aspectos viene a resumir toda la problemática del mundo de hoy, no sólo de las inquietudes artísticas, sino también de la angustiada ansiedad del ser ante un futuro como nunca amenazante y lleno de poder destructor. Estas explosiones cósmicas, estas excursiones interplanetarias de Raba, estas adivinaciones, vienen a ser una manera de integración de lo que entendemos por pintura y de lo que entendemos por escultura en unos límites cósmicos, ya fuera de nuestro mundo habitual, en otras regiones que siempre se creyeron inaccesibles, pero en las que ya comienza a penetrar la ciencia y su increíble avance tecnológico.

OPINIONES DEL PINTOR SOBRE SU OBRA

"EMPLEO LA MADERA COMO FUNDAMENTO PARA MI PINTURA. ES, EN REALIDAD, LA BASE, COMO EL ARQUITECTO EMPLEA LOS CIMIENTOS. MI PINTURA TIENE UNA REALIDAD ARQUITECTONICA."

"ME INTERESA LA PERFECCION Y ES LO QUE INTENTO; PERO MUCHAS VECES LA CREACION ES ALGO QUE SE INTUYE Y QUE SE LUCHA POR ALCANZAR, SIN QUE ESTO SE CONSIGA SIEMPRE. ADEMAS, EN ARTE LAS FRONTERAS SIEMPRE ESTAN LEJOS, CAMBIAN DE LUGAR CUANDO UNO SE ACERCA. ES COMO LA LINEA INALCANZABLE DEL HORIZONTE."

"CONSIDERO EL ARTE ACTUAL COMO UNA CONSTANTE INVESTIGACION, BUSCANDO EL GRAN MISTERIO. EL MISTERIO DE LO QUE AUN NO SE HA CONSEGUIDO."

